

Santa Selma
José Antonio Abella



Valnera
340 páginas
20 euros

JOSÉ IGNACIO GARCÍA

«E ntonces extraemos el libro de la fila donde dormía, abrimos sus páginas, leemos un párrafo y sabemos que ha llegado su momento de salir a la vida. Esto les pasa a los libros, que solo viven cuando son leídos. Se saben cadáveres dormidos en tumbas de papel». Esta reveladora declaración surge de la imaginación, inalterable ante la carcoma de la enfermedad, de José Antonio Abella en los últimos alientos de 'Santa Selma', su segunda novela póstuma que hoy nos ocupa, para dejar de nuevo palpable el eco de la voz del escritor burgales inyectado en apogeo, esa voz que se fue apagando poco a poco en el timbre, pero que se mantuvo firme y poderosa hasta su última bocanada de vida.

Y gracias a esta reflexión, madurada en la artes de quien conocía su final próximo e irrevocable, como una sentencia que no aguarda indultos, podemos también tener fe los lectores en que, mientras se abra un libro y se expanda el eco silencio de sus palabras, su autor será inmortal y su cuerpo se mantendrá incorrupto en la memoria de quienes leemos sus otros libros publicados en vida: 'Yuda', 'La sonrisa robada', 'La llanura celeste', 'Trampas de niebla', 'Aquel mar que nunca vimos', 'El corazón del ciclope' y tantos otros; y seguimos leyendo los que han visto la luz después de su partida: 'Todas las muchachas serán tuyas' y este que acaba de publicar Valnera, ese sello fiel durante tantos años al recorrido literario del médico, escritor y escritor que sigue estando presente en el pensamiento de quienes tanto le admiramos como ser humano, como artista y algunos como maestro.

Me ha resultado muy difícil deslizar la vista por las páginas de esta novela, de este bello canto a la relación impregnada de amor y de aroma de violetas entre una perrita y sus dueños, sin que mis ojos se tornaran vidriosos, sin que la emoción y el respeto



José Antonio Abella // EVANTOMÉ

EL TIEMPO DE LOS MILAGROS

'Santa Selma', segunda novela póstuma de José Antonio Abella, constituye un canto a la relación entre una perra y sus dueños

me nublaran el criterio. Y hay tantos párrafos que el propio autor me ha susurrado al oído que esta vez ni puedo ni quiero tratar de ser objetivo. Solo quiero animarlos a que, si les gustaron muchas de sus muy diferentes novelas anteriores, se atrevan también con esta. Y no hagan caso a lo que dice su contraportada. Porque esta no es una novela para marcar distancias entre animalistas, cazadores y taurinos, sino para aunar sentimientos y voluntades entre gentes de buen corazón que creen en el cariño incondicional que puede surgir entre un matrimonio y su perrita ¿resucitada?

El argumento, aderezado de excelente literatura y muchos rasgos de humor, puede resultar aparentemente sencillo (y por momentos espéptico) en su discurrir. El cuerpo de Selma, la perrita adorable de raza schnauzer del doctor Villatriel y su esposa, la abogada doña Marga, aparece incorrupto, cinco años después de ser enterra-

do, en el jardín de la morada zamorana del matrimonio. A partir de ahí surgen una serie de peripecias, aventadas en buena medida por la criada peruana Abelarda María de Todos los Santos, ciega en su fe por el Santo Cristo de Pachacamilla, Señor de los Milagros. El cuerpo immaculado y fragante de la perrita empieza a despertar la devoción de unos, el interés lucrativo de otros, el afán ruin de algunos medios de comunicación que solo busca la carnaza que hipnotiza a millones de televidentes y la ambición bastarda de políticos de una y otra orilla.

Ciencia o fe

A partir de ahí surgen los debates entre los partidarios de la ciencia y de la fe, la duda entre los poderes de la medicina o la incomprensible capacidad sanadora de algunos sucesos inexplicables, el reconocimiento hacia tantos inmigrantes sudamericanos que cruzaron el océano en pos de un paraíso

atribulado de intereses ruines, la denuncia hacia esos terribles expertos en defender hipótesis obvias e infundadas en la pequeña pantalla, y el clamor contra los políticos de discurso reversible e intenciones aviesas.

Lo de menos es lo que ocurre con Selma. Eso ya lo descubrirá quien lea la novela. Lo importante es el espíritu que destila, con su perdurable aroma de violetas. Lo que trasciende es cómo el autor está convencido de la bondad de los perros, que supera con mucho la de la mayoría de las personas, su fidelidad, su honradez inquebrantable. Y esa pasión por la nobleza animal, su certidumbre de que los animales se llaman así porque también tienen alma (o ánima), la pone en boca de un elocuente doctor Villatriel, cuando acude a un plató televisivo y decide poner los puntos sobre las íes.

Uno —que conocía el amor del escritor por los animales, su dieta vegetariana, el desa-

rollo de su enfermedad, su generosidad a la hora de donar la mitad de la dotación de un premio importante a una sociedad protectora de animales, en lugar de dedicarla a tratamientos que intentarían restaurar su salud— no puede dejar de ver al médico de cabecera rural, al amante de la naturaleza, al amigo cabezota, al poeta que siempre quiso ser, en el doctor protagonista. Por eso se le pone la piel de gallina al recorrer el doloroso y conmovedor desenlace y ese alegato, amasado de prosas y de versos, que es un desmedido canto de gratitud al amor y a la vida.

Se pregunta al final de la novela doña Marga adónde vamos. No sé si con un deje de escepticismo o con un apice de esperanza. Quiero pensar, parafraseando al inmortal escritor e incapaz de manejar un lenguaje de tanto lustre como el suyo, que quizás haya llegado el tiempo de los verdaderos milagros, esos en los que hay que creer sin recurrir a la sabiduría o a la lógica. Esos que quizás pongan un poco de cordura y de paz en este planeta cada vez más caldeado o que, nada más y nada menos, sirven para que los libros de un autor sigan vivos. Lo están todos los que José Antonio Abella escribió. Y queda, todavía, reeditado o inédito, alguno más por llegar. ■